

EL MARXISMO ES UN NIHILISMO FE CRISTIANA Y MEDIACIÓN MARXISTA

Prof. Dr. Nelson Tepedino*
Universidad Simón Bolívar

El cristianismo extiende el campo de una libertad que individuos y comunidades utilizan como gustan, a veces bien, a menudo mal. El mal uso de la libertad contradice, por supuesto, las aspiraciones de Jesús respecto a la humanidad. Pero si Dios no respetara la libertad de los hombres, si se impusiera a ellos por la fuerza, o incluso por el prestigio, por el contagio mimético, en suma, no se distinguiría de Satán.

René Girard¹

Abstract

The present essay pretends to analyze and question the relevance of Marxism as a mediation for Christians in their political praxis. For this purpose we will present the fundamental difference between Christianity as an

* El profesor **Nelson Tepedino** es Licenciado en Filosofía (UCAB, 1993), Doctor en Filosofía (Freie Universität Berlin, 1997). Es Profesor (Asociado) de la Universidad Simón Bolívar, en la que se desempeña desde 1998 como Investigador y Docente de los Postgrados en Filosofía y del Programa de Estudios Generales del Ciclo Profesional. Fue Coordinador de Postgrado en Filosofía desde 2002 a 2004. Ha publicado el libro *Dunkle Nacht. Mystik, negative Theologie und Philosophie. Eine philosophische Lektüre von San Juan de la Cruz* (Berlín-Frankfurt am Main: Verlag Peter Lang, 1998) y diversos artículos filosóficos en revistas especializadas de circulación internacional, entre los que pueden mencionarse *Ética y Dasein. Virtualidades y límites de Sein und Zeit de M. Heidegger para la reflexión filosófica sobre la ética* (Cuadernos Salmantinos de Filosofía, Vol. XXVII: Universidad Pontificia de Salamanca, 2000) y *El segundo Heidegger y la ética: del nihilismo a la religación* (Cuadernos Salmantinos de Filosofía, Vol. XXIX: Universidad Pontificia de Salamanca, 2002). Actualmente se desempeña como Jefe de Departamento de Filosofía de la USB.

¹ *Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona: Editorial Anagrama, 2002, pág. 239.

experienced and religious faith, and its theoretical mediations, and of other types, that one must resort for being able to incarnate itself indeed in social reality. Given its serious epistemological boundaries and, mainly, the deep moral nihilism presented in its anthropological and political proposal, Marxism cannot be, as a system, accepted in concordance with a Christian perspective and praxis of life. We will finally analyze some values and implications of the liberal democracy in the development of man considered through Christian faith. We will conclude with a brief reflection about the importance that has the active participation of Christians in our modern political life and the ethical implications that it involves.

Key Words: Marxism, Christianity, Nihilism, Ethics, Policy, Democracy, Capitalism, liberalism, Theology, Liberation.

Comienzo esta ponencia con una advertencia: el objeto de la misma no será la Teología de la Liberación, aunque será inevitable mencionarla de pasada, a manera de ejemplo. Un análisis detallado de la relación entre el marxismo y la dicha teología es algo que excede los estrechos límites de estas breves líneas. Ese trabajo, sin embargo, debe hacerse. Hay que calibrar la influencia del marxismo en la Teología de la Liberación, o mejor dicho, en las Teologías de la Liberación, porque hay tantas como teólogos de la liberación hay, para ver hasta qué punto el recurso al mismo es realmente relevante para lo que esta corriente teológica considera sus aportes centrales y, sobre todo, para evaluar no tanto su «justeza» doctrinal como su verdadero aporte para la superación de la pobreza en nuestras sociedades. Soy de los que piensan que hay que atreverse a juzgar si, en efecto, esta teología ha servido para lo que decía querer servir, a saber, contribuir a liberar a los pobres de su pobreza o, si por el contrario, no ha terminado por ser una de esas hipotecas mentales que los latinoamericanos arrastramos y que nos han servido más bien para eternizar nuestra pobreza y nuestro subdesarrollo. Es un trabajo arduo, que merece la pena que sea abordado con seriedad y meticulosidad académica, que sería, además, de gran interés para situar a la Teología de la Liberación en el contexto más amplio del pensamiento latinoamericano y sus implicaciones políticas y económicas sobre el desarrollo efectivo de nuestros pueblos.

Lo que voy a hacer en las líneas que siguen será referirme a una pregunta mucho más básica que la del problema del marxismo en la Teología de la Liberación: ¿es el marxismo una buena *mediación* para la comprensión cristiana

de la realidad y para la práctica de los cristianos en ella? Asimismo, me referiré no a todos los «marxismos» posteriores a Marx, sino al marxismo del propio Marx. Y esto por una razón muy sencilla: el fracaso de los llamados «socialismos reales» (además de su carácter francamente impresentable desde el punto de vista moral) ha llevado a algunos apologistas a sostener que lo que se hizo (y se sigue haciendo en algunas dictaduras comunistas que aún sobreviven) es una «deformación» del marxismo, que en sí mismo sería una buena teoría y que, por lo tanto, habría que volver a Marx para reinterpretarlo de una manera que permitiera la construcción de un verdadero «socialismo democrático». Dada esa hipótesis, lo realmente relevante es saber si, en efecto, el pensamiento de Marx da de sí para una interpretación no totalitaria del mismo. A mi modo de ver, sin embargo, la historia criminal del socialismo en el siglo XX, con el vértigo de sus muertos que se cuentan por cientos de millones, nos hace preguntarnos si no habrá algo *ya* en el mismo Marx que conduzca a eso.

Por otra parte, voy a centrarme en los aspectos más bien *éticos* y *políticos*, o si se quiere, de *ética política*, de la cuestión, más que en los estrictamente económicos, en los que no soy competente. Debo decir, sin embargo, que la suerte del marxismo en tanto buena teoría se juega precisamente en el terreno económico. Para mí es claro que la teoría de la plusvalía es la clave de bóveda del edificio marxista. Si ella es falsa, todo el edificio se derrumba. Podemos rescatar algunos fragmentos interesantes de los escombros, pero la teoría en cuanto tal se viene abajo. Y, a mi juicio, es eso justamente lo que sucede: la teoría del valor de Marx es falsa. El valor de los bienes no los determina la «cantidad de trabajo» que se «objetiva» en ellos, sino su demanda real y un sinnúmero de factores muy complejos que un economista puede explicar mucho mejor que yo. Lo importante es que si la teoría de la plusvalía es una mala teoría, el capitalismo, o mejor dicho, la economía de mercado, no es *esencialmente* «alienante» y explotadora. Lo que no excluye que haya, en efecto, explotación en ella, pero por unas razones distintas a las expuestas por Marx. Todo esto, por cierto, ya fue visto y analizado con mucha claridad y contundencia en fecha tan temprana como 1889 por el notable economista austriaco Eugen Böhm-Bawerk (1850-1914), en el capítulo XII de su *Geschichte und Kritik der Kapitalzins-Theorien* (*Historia y crítica de las teorías del interés*), que es el primer tomo de su gran obra titulada *Kapital und Kapitalzins* (*Capital e interés*).

Dicho esto (que ya es algo bastante definitivo), podemos entrar en materia. Lo primero que hay que decir cuando se pregunta por la compatibilidad entre el marxismo y el cristianismo es que no se trata de comparar dos «doctrinas» que

estuvieran al mismo nivel hermenéutico. El cristianismo es una *fe religiosa* y el marxismo se pretende una *ciencia*, un conocimiento objetivo sobre la realidad que nos permite conocer sus leyes y, por lo tanto, predecir su comportamiento y, lo que es más importante, actuar manera adecuada sobre ella en orden a su transformación. Son dos tipos de discurso diferentes. No hacer esta diferenciación nos llevaría a cometer el mismo error de las disputas entre «creacionistas» y «evolucionistas» en el siglo XIX. Es también el error que se ha cometido cuando la Iglesia «condenaba» al marxismo porque éste era «materialista» y «ateo». Ese no es el problema. No se trata de comparar, una al lado de la otra, las «verdades» que sobre el mundo dice cada uno de los dos contendientes, sino de otra cosa más difícil y compleja que ya mencioné: averiguar si el marxismo es una buena *mediación* para la «praxis» cristiana. La pregunta no es doctrinal, sino epistemológica y, aún más, *ética*: ¿es el marxismo un medio adecuado para el logro de los fines propios de la fe cristiana?

Explicemos mejor este asunto de las mediaciones. La fe cristiana no es una metafísica, ni un método para conocer la realidad, ni un programa político, ni siquiera un código moral. Aún cuando, evidentemente, el cristianismo dice algo sobre la ultimidad de la realidad o inspira unos determinados valores o códigos morales. Es otra cosa. Es, en primer lugar, una *experiencia viva*. Una fe es una experiencia de la ultimidad de la realidad y de su sentido más profundo, de lo que es absoluto en la vida, de aquello por lo que vale la pena vivir y morir. En el caso del cristianismo, que posee un profundo carácter creacional y encarnacionista, *toda* la realidad histórica del hombre, en *todas* sus dimensiones, es el lugar propio en el cual se vive esta experiencia. No es una religión del «más allá», sino del «más acá», y esto último entendido en un sentido muy profundo y radical: en la encarnación, el Dios de los cristianos asume esta realidad en toda su ambigüedad para redimirla y llevarla a su plenitud. La experiencia de Dios a la que hago referencia sólo se puede vivir, en cristiano, *en ésta* realidad concreta en la que vivimos. Esto no significa que Dios sacralice la realidad tal como ella es, ni que las diferentes esferas de la realidad (naturaleza, política, economía, cultura, etc.) no tengan autonomía de lo «religioso», porque, por una parte, el evangelio cristiano es un evangelio de la cruz, es decir, de una encarnación que carga sobre sí la negatividad del mundo para salvarlo; y, por la otra, el Dios del cristianismo asume lo humano sin sustituirlo, bebiendo hasta el fondo todo lo que contiene el cáliz de la vida humana, sin ahorrarse nada y sin violentar la libertad de los otros. Es por eso que la acción histórica de Dios en Jesús no consistió en constituir nuevos ámbitos de «sacralidad» o en fundar una nueva religión, entendida como sistema de culto, sino ofrecer humanización a

las personas deshumanizadas y devolverles su dignidad perdida y con ella su capacidad de realizarse libremente y de responder libremente a su oferta amorosa. Si eso es así, la experiencia cristiana consiste en relacionarnos con la realidad de esa misma manera, a saber, en humanizar la realidad en su conjunto para que las personas puedan ser libres y libremente abrirse al misterio profundo de vida que Dios ofrece en ella, que no es otro que el de la plenitud humana.

Ahora bien, nada en la fe cristiana nos dice cómo debemos hacer eso concretamente, porque ella es tan sólo y precisamente la raíz de la ética cristiana, que, como toda ética, tiene que ver con la puesta en juego de nuestra libertad creadora. Es decir, al hacer nuestra la fe, los cristianos no recibimos un manual de instrucciones, sino simplemente un dinamismo espiritual que nos convoca a buscar y realizar esa experiencia en la humanización de la propia vida y de la realidad. Y para eso no hay caminos prefabricados, sino la libre apertura de la creatividad que busca construir más humanidad para todos. Eso implica que el cristiano, al igual que todo el mundo, tendrá que *discernir* cómo le toca vivir su experiencia de Dios en el mundo concreto de vida que le ha sido dado para su existencia. De más está decir que no hay *una* sola manera de encarnar esa experiencia en la realidad. Según sea la situación personal e histórica de cada cual, habrá que *discernir* de qué manera concreta se ha de vivir y de actuar para ser fiel a la fidelidad de Dios. El discernimiento es esa actitud cristiana que busca *escuchar* la voz interpelante de Dios en la realidad para interpretarla cristianamente y actuar en y sobre ella *desde* lo que es cónsono con la lógica del amor de Dios. Obviamente, no puedo detenerme aquí a hacer una detallada exposición sobre el discernimiento. Baste con decir que, en nuestra relación con las realidades humanas en las que nos desenvolvemos, no basta con tener claros y «aplicar» unos principios o unas normas morales abstractas, sino que tenemos que hacer una lectura y una interpretación muy compleja y exigente de esas realidades, para tratar de saber *cómo* está Dios presente en ellas y, en consecuencia, cómo tenemos que comportarnos.

Ese discernimiento es, a la vez, moral y espiritual, y presupone varias cosas muy importantes, que indican justamente la diferencia de la que venimos hablando entre marxismo y cristianismo. En primer lugar, para poder discernir adecuadamente cómo vivir cristianamente en la realidad, que es, como vimos, el único ámbito en el que Dios ha «hablado» y sigue hablando al hombre, será necesario conocer adecuadamente esa realidad a la que queremos escuchar y en la que queremos incidir creadora y amorosamente. Aquí, en el ámbito del *conocimiento de la realidad*, es donde entran en juego las *mediaciones*, porque

no podemos ir hacia la realidad para conocerla desde una pretendida postura externa y pura. Primero, porque estamos *ya* dentro de ella, somos a la vez actores y público de nuestro entorno. Segundo, porque ya vimos que Dios no habla desde fuera de la realidad a través de un código de normas universales y abstractas que haya que «aplicar» a la realidad para corregirla, sino desde *dentro* de ella misma. Esto significa que no podemos leer e interpretar la economía, la política o la cultura de manera «directa» e «intuitiva», como si el hecho de ser cristianos nos dotara de una especie de clarividencia infusa que nos permitiera juzgar la realidad de entrada, a partir de nuestros principios o de lo que dice la Biblia y el Magisterio. Tenemos que recurrir, como todo el mundo, a lo que los teólogos llaman las «mediaciones», que no son otra cosa que los instrumentos de análisis científico y de otra naturaleza de los que disponemos para acceder a la realidad y poder comprenderla adecuadamente. Es más: en realidad, toda nuestra actividad humana puede ser vista como una mediación que hace posible realizar, siempre parcial y ambiguamente, ese designio de Dios sobre el hombre del que hemos hablado. Por eso, en el mundo moderno la política es un ámbito especialmente importante para la fe. No en vano, el magisterio de la Iglesia ha desarrollado una profunda e intensa reflexión sobre el tema, sobre todo a partir de la *Rerum Novarum*. La irrupción de la democracia ha traído consigo la conciencia de la importancia que tiene la participación política por parte de los ciudadanos, en medio de un campo tremendamente conflictivo, complejo y ambiguo, como lo es el de la lucha política. Asimismo, el siglo XX, como siglo del totalitarismo y del asesinato de masas por razones políticas es, en sí mismo, una dolorosa advertencia de la influencia que sobre la vida de todos tiene el ejercicio de la política en un mundo altamente tecnificado e ideologizado como el nuestro. Los cristianos percibimos, sin duda, que la actividad política es una de las mediaciones humanas más importantes y significativas: con ella se puede hacer mucho bien, y el no asumirla responsablemente puede tener consecuencias devastadoras sobre la vida de todos.

Ahora bien, el asunto de las mediaciones políticas, entonces, tiene dos facetas importantes. La primera, la del análisis que debemos hacer de la realidad. Es decir, que los cristianos tenemos que discernir qué herramientas, teorías, enfoques, etc. nos resultan más adecuados para conocer la realidad en la que nos encontramos. Pero, y aquí es donde se complican, y de hecho se han complicado las cosas, resulta que, antes de yo utilizar un determinado instrumental teórico para estudiar la realidad política y económica de la sociedad en la que vivo, tengo que tener una *idea* acerca de cómo es la sociedad en la que quisiera vivir. Es decir, tengo que hacer consciente cuál es mi *ideología política*, cuáles

son los ideales que orientan mi acción, en qué tipo de orden social creo. Esto es muy importante, porque en el campo de las ciencias humanas no existen «metodologías» neutras que, situadas en un hipotético punto omega, externo a la realidad, pudiesen ofrecernos un diagnóstico «objetivo» de cómo funciona nuestra sociedad y cuáles serían las «terapias» infaliblemente adecuadas que deberíamos emprender para lograr sanar sus disfunciones. Resulta que los enfoques de las ciencias humanas están mediatizados ellos mismos por la perspectiva que los valores y paradigmas políticos de los teóricos que los diseñan y aplican. Eso significa, para decirlo brevemente, que la elección de un determinado instrumental de análisis de la realidad dependerá en gran medida de mis opciones previas y de mi visión del mundo, una de las cuales, muy importante por cierto, son las convicciones políticas de cada cual. Por ello pienso que es de gran importancia darse cuenta que el primer discernimiento que un cristiano tiene que hacer es el de sus propias opciones políticas.

¿Cómo se hace este discernimiento? Lo primero que hay que decir es que creo que es una de esas cosas que duran toda la vida. Todos tenemos un punto de partida, y nuestra experiencia vital nos irá haciendo madurar nuestras opciones políticas. En todo caso, lo primero y fundamental, desde el punto de vista cristiano, es tener muy claro que no hay ninguna opción o cosmovisión política que sea, ella misma, *cristiana*. Es decir, no estamos *obligados* por nuestra fe a definirnos de manera dogmática como partidarios de tal o cual corriente o partido político.

Eso significa que tenemos que discernir nuestras opciones políticas desde la óptica crítica de quien sabe que son sólo herramientas contingentes, humanas, siempre abiertas a la revisión, a la mejora o aún a ser desechadas si no funcionan. Y, sobre todo, preguntándonos a fondo si esas mediaciones posibilitan que se pueda vivir según lo que son los valores propios del Evangelio, que no son otros que todo aquello de lo que hablábamos al principio de esta ponencia. Es decir, que la sociedad que se presenta como horizonte ideal de nuestras opciones políticas y de nuestras ideas económicas *posibilite* que las personas puedan vivir conforme a la dignidad de los hijos de Dios, que no es otra que la de poder vivir en libertad para realizarse plenamente como personas y, si él así lo quiere, abrirse también libremente a la oferta del amor de Dios y responder creativamente en consecuencia. En otras palabras: nuestros horizontes políticos, más que buscar realizar utopías sociales, deben ser aquellos que *abran posibilidades* para que las personas puedan apropiarse de sí mismas y realizarse humanamente.

Y aquí es donde entra, propiamente hablando, el problema de las relaciones

entre el marxismo y el cristianismo. En un continente abrumado por la pobreza, la injusticia y los regímenes de fuerza, era casi natural que se planteara, en algún momento, la opción marxista como alternativa. De allí que, por ejemplo, no es de extrañarse que, en 1968, por decir una fecha, los jóvenes clérigos y teólogos de entonces hayan considerado preguntarse si, en efecto, el marxismo no ofrecería un instrumental de análisis adecuado para nuestra realidad y, además, si el proyecto político del socialismo inspirado en Marx no sería una alternativa para la construcción de proyectos nacionales capaces de generar estructuras sociales más justas y cónsonas con una visión cristiana de la vida. Muchos laicos, por su parte, asumieron que el socialismo como proyecto político y el marxismo como instrumento de análisis de la realidad eran las mediaciones más adecuadas para nuestro continente. Mi tesis es que eso fue un error, un ejemplo de mal discernimiento. ¿Por qué?

Cuando la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, a mediados de los años 80, emitió su *Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación*, una de las críticas centrales que se le hacía era, precisamente, ese vínculo que se había establecido con el marxismo. La respuesta de los teólogos fue, a grandes rasgos, que ellos se habían limitado a utilizar aquellos aspectos del marxismo que servían como instrumental de análisis científico de la realidad, sin comprometerse para nada con el programa político marxista². Lamentablemente, este es un claro ejemplo de una mala elección de una mediación política.

Primero, porque la «cientificidad» del marxismo es, para decir lo menos, problemática. Es decir, es bastante dudoso que el marxismo tenga alguna utilidad como herramienta de análisis: es más una doctrina filosófica que un método de investigación, construida, además, sobre fundamentos epistemológicos y metafísicos muy frágiles y dudosos, como lo son un positivismo bastante burdo y un hegelianismo muy cuestionable. Ese hegelianismo es su principal problema y en él radica su radical incompatibilidad con el cristianismo. Marx toma de Hegel la idea de la Historia como una especie de proceso hipostasiado de carácter dialéctico, en el cual, en suma, las personas no son sino *momentos* de ese proceso y están subordinados a él. El cristianismo, en tanto religión encarnacional, parte de la base de la dignidad de cada persona frente a Dios. La historia, los

² Sobre el tema puede verse: Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe: *Instrucción sobre algunos aspectos de la «Teología de la Liberación»*, Roma: Libreria Editorial Vaticana, 1984; y Segundo, Juan Luis: *Teología de la Liberación. Respuesta al Cardenal Ratzinger*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1985.

procesos colectivos y sociales no son los ídolos a los cuales deba sacrificarse a los individuos, sino los ámbitos de convivencia y relacionabilidad fundamentales que existen en función de la felicidad de todas las personas. Encarnado en un individuo concreto, el Dios del cristianismo proclama la dignidad infinita de cada persona, su carácter absoluto, último, intangible. En el hegelianismo de Marx está justamente el germen de su virtual totalitarismo y no en una mala interpretación de sus textos. Desconocer el primado de la persona individual sobre lo colectivo es desconocer el fundamento de la ética, que como decía Kant, consiste en no convertir a los otros seres humanos en medios para un fin, en la medida que ellos son "siempre" fines en sí mismos. A pesar de las apariencias, en Marx no hay una motivación ética. Lo que hay son personas puestas como medios para la realización de este nuevo espíritu absoluto que es la sociedad socialista como coronación de la «Historia». Es por eso que, en el fondo, el socialismo marxista es un nihilismo, uno de los ejemplos más sorprendentes de la crisis ética de la modernidad.

Recuerdo, además, lo que ya dije: el marxismo es una teoría económica que se derrumba desde el momento que su teoría del valor es falsa. Si esto es así, es una pésima herramienta de análisis económico de la realidad.

Segundo, porque no es posible asumir «asépticamente» el supuesto «método marxista de análisis de la realidad», sin comprometerse con ello de alguna forma con el programa político del marxismo o, al menos, con los *presupuestos* doctrinarios sobre los que se construye el supuesto «método», cuya verdad última es más asunto de fe que de comprobación real, como lo son la teoría de la plusvalía, la lucha de clases como motor de la historia y, sobre todo, un concepto de la política en de la que no puede salir otra cosa que no sea un programa más o menos violento de transformación social, ya que se la entiende como mera lucha por el poder del Estado, el cual, además, es visto *solamente* como instrumento de dominación de una clase sobre otra.

Tercero, y esto es lo más importante, si es verdad que no se puede asumir el método marxista sin asumir también los presupuestos mencionados y el programa político incoado en ellos, resultará que el diagnóstico que se obtenga confirmará esa visión implícita y exigirá, por lo tanto, un correctivo «revolucionario», acorde con la visión de marxista de la historia, la sociedad, la economía y el Estado.

A mi modo de ver, entonces, no se puede ser marxista y cristiano. No porque el marxismo sea «ateo», que es lo que desde las posiciones conservadoras

se suele aducir, sino porque los *valores* que brotan del Evangelio no son compatibles con la visión del hombre y, sobre todo, con los *medios* que el marxismo propone para resolver el problema de la injusticia social. El problema es agudo y profundo y merece más atención, pero baste con hacer notar, a modo de ejemplo, que la concepción de la política inherente al marxismo ve en el Estado un medio de dominación de una clase sobre otra, y propone, para una posterior y fantástica eliminación del Estado, que la clase dominada tome el control del Estado para, a su vez, controlar a las hasta ese momento clases dominantes. Es decir, una opresión nueva, llamada «dictadura del proletariado», para resolver el problema de otra opresión anterior. Esa justicia vindicativa nada tiene que ver con los valores del Evangelio. Una visión más compleja del Estado como una instancia de mediación para el logro de consensos sociales y para garantizar el efectivo funcionamiento del Estado de Derecho es un horizonte democrático mucho más acorde con lo que debe ser la visión de un cristiano. Para una praxis política orientada en esa dirección no sólo no nos sirve de nada el marxismo, sino que nos resulta contraproducente, como sin duda alguna lo demuestra la realidad de las dictaduras comunistas que existieron en el pasado y las que aún hoy sobreviven.

Paradójicamente, el marxismo propone así la abolición de la política, en la medida que, desconociendo las conquistas civilizatorias del Occidente, niega de plano, como «legalidad burguesa», la posibilidad de concebir el Estado no simplemente como una instancia de dominación, sino como un espacio para la creación de consensos entre intereses plurales, como plural es la vida humana. Poseído por la visión celeste que le da el «punto omega» del espíritu absoluto, Marx propone la imposición de la verdad a través de la toma del poder. En esa posibilidad de un punto de vista que sea capaz de sustraerse a los «condicionamientos de clase» radica la debilidad de su teoría de la ideología y la necesidad epistemológica de la dictadura.

Más sorprendente aún resulta, por su ingenuidad ramplona, la idea de que la propiedad privada de los medios de producción está en la raíz de todos los males del hombre y que, una vez desaparecida ésta y finalizada la «dictadura del proletariado», el hombre se regenerará de manera misteriosa y desaparecerá la maldad humana. Esta idea revela que el pensamiento de Marx tiene mucho de mítico y arcaico, de *religioso* en el peor sentido de la palabra. Siguiendo a Rene Girard³, pareciera que estamos ante un pensamiento sacrificial, propio de

³ Véase, por ejemplo: Girard, René: *La ruta antigua de los hombres perversos*, Barcelona: Editorial Anagrama, págs. 144 y ss.

las formas más arcaicas de la religión: sacrificado el *chivo expiatorio* de la burguesía en un crepúsculo de los ídolos revolucionario, nacerá de ese baño lustral en sangre humana, por fin, el anhelado *hombre nuevo*, que no conocerá ya mal alguno. Si el marxismo critica la explotación del hombre por el hombre, no se muestra como una mejor alternativa para superarla, sino como una especie de retroceso a un estadio primitivo de la cultura, previo a toda institucionalización democrática, a la que no puede ver sino como mero instrumento de dominación.

Visto lo anterior, ¿cuál es mi propuesta? La revelación de Dios en Jesús nos muestra que nuestro Dios no nos pide otra cosa que no sea nuestra libre respuesta a su amor, la cual, a su vez, no puede sino traducirse en un dinamismo vital que se entrega y da a los demás de manera creativa y libre, lo cual en el campo de la política se traduce en la acción desde y sobre las estructuras políticas de la sociedad para abrir posibilidades de realización para las personas. La pobreza no es tan sólo la carencia de recursos, sino la limitación de posibilidades de realización humana que esa carencia genera. De allí que, políticamente hablando, liberar cristianamente al hermano no significa imponerle modelos utópicos de sociedad, sino hacer todo lo que esté de nuestra parte para que las personas, sobre todo las personas más empobrecidas y marginadas puedan tomar las riendas de su propia vida y decidir libremente cómo quieren vivir y qué desean hacer de sí mismas. Esa libertad es fundamento de la justicia: una justicia que anule la libertad individual de las personas se anula a su vez automáticamente a sí misma y deja de ser justicia para mostrarse como opresión.

Por todo ello me atrevo a afirmar que, después de varios siglos, la democracia liberal ha dejado de ser un mero «modelo» entre otros para irse convirtiendo en un *valor*; es decir, en un horizonte ético para la acción política. Más aún: la democracia moderna, construida sobre la base intangible de los derechos humanos, sólo fue posible porque el Occidente había hecho suyos, aunque en el peor de los casos sólo teóricamente, los *valores* de la fe judeocristiana: los del Antiguo Testamento, con su legislación centrada en la atención al débil, al pobre y al desvalido, y los del Nuevo Testamento, con la revelación de la dignidad más profunda del hombre, que no es otra que su filiación divina, con lo que la persona, cada persona individual, se convierte en un «absoluto relativo» en diálogo cara a cara con Dios, que no puede ser convertido en objeto ni en un medio para los fines de nadie. Esas ideas impregnaron profundamente nuestra cultura y creo que no me equivoco al decir que los modernos derechos humanos son, en cierta forma, una expresión secularizada y universalizada de los valores éticos más profundos de la fe cristiana. Por lo cual me atrevo a

decir que un buen discernimiento de nuestras adhesiones políticas, precisamente por ser cristianos, nos debería conducir hacia opciones ideológicas que, ya de entrada, encuentren su fundamento en la democracia y sus valores. No la democracia falaz, la del lenguaje torcido de los dictadorzuelos y demagogos, hoy tan en boga, sino la de la gran tradición del Occidente, con su Estado de Derecho construido para respetar y fomentar la libertad y la dignidad inalienable de cada persona individual, sus poderes públicos independientes y sus libertades ciudadanas y económicas garantizadas efectivamente por la ley. Esa democracia, cuyos modelos pueden ser muchos, es, como lo dije, algo más que una propuesta ideológica: es un patrimonio moral, un horizonte que admite muchos caminos y propuestas ideológicas distintas para llegar a él. Queda en cada cristiano discernir cuál de esos caminos le parece el más deseable y adecuado para ejercer en él su compromiso político o, simplemente, para entender la realidad en la que se mueve. Por eso es lícito y deseable la pluralidad de posturas políticas dentro de la vida de la Iglesia: hay y habrá cristianos socialdemócratas, liberales, socialcristianos y de otras tendencias. Pero todos tendrán algo en común: un compromiso profundo con la democracia, que nace de la experiencia misma de su fe y no de un mero ejercicio intelectual.

Finalmente, esto nos lleva a otro tema imprescindible —que sin embargo tendré que mencionar tan sólo de pasada— y que debe ser pensado por los cristianos, sobre todo aquellos que quieran dedicarse a la política. Se trata del hecho de que ésta es siempre una relación con el poder, bien sea porque se busca conseguirlo activamente o porque, una vez en posesión de él, hay que ejercerlo. Eso significa que nos situamos en un campo especialmente sembrado de tensiones para el cristiano, porque, como ya mostré en un escrito anterior sobre los primeros capítulos del Génesis⁴, la realidad del mal y del pecado tiene su origen en la tentación, muy humana, de querer «ser como dioses», es decir, de absolutizarse a sí mismo y, con ello, de instrumentalizar a los otros y a toda la realidad para el logro de los propios fines. En el ámbito de lo político esto se traduce en la tendencia de todo poder a no reconocer ningún límite y a erigirse en poder total, en totalitarismo. Que pecado y poder tienen una relación muy cercana lo muestra el hecho de que la narración del pecado de Adán y Eva responde a un género literario que, dentro del Antiguo Testamento, se usa siempre

⁴ Tepedino, Nelson: *El poder desnudo. Una lectura de Génesis 2-3*, en *Conciencia Activa 21. Revista de ética y valores en un mundo globalizado*, Vol. 7, Caracas: Fundación Conciencia Activa, 2005, págs. 133 - 163.

para criticar la tentación absolutista y el abuso de poder por parte de los reyes y gobernantes⁵, como lo es, por ejemplo, el relato del pecado de David con Betsabé⁶ en el segundo libro de Samuel. También nos advierte de esto la actitud de Jesús, que parece alejarse de todo poder y que es tentado, precisamente, con imágenes de poder político y religioso⁷. Nada de eso significa que no exista una legítima vocación política, que implique incluso el ejercicio del poder en sus distintos grados, que pueda ser asumida por los cristianos. Ya vimos que la vida cristiana no trata de imitar, sino de seguir a Jesús, lo que significa vivir según los valores que orientaron su vida. Pero sí significa que el reto moral del cristiano con vocación política es especialmente exigente, y que el discernimiento de esa vocación y de su ejercicio práctico será particularmente difícil y delicado. Importante es tener presente que el poder de Dios es el poder de la donación de sí mismo, y que por lo tanto una recta interpretación cristiana del poder lo entenderá no como dominio sino como *servicio*, sobre todo, precisamente, al despojado de todo poder. Esa realidad problemática del poder, por cierto, es la que llevó a los grandes teóricos de la democracia liberal y a sus primeros padres a concebir el Estado como un juego de poderes autónomos y autorregulados, limitados y constreñidos entre ellos y por el imperio de la ley, para impedir de este modo la natural tendencia que parece tener todo poder de crecer indefinidamente y de querer erigirse en poder total de dominio sobre la vida de todos y cada uno de los individuos, aniquilando toda libertad y con ella toda posibilidad de vivir conforme a la dignidad más íntima del hombre, que para los cristianos no es otra que la de ser hijos de Dios e imagen del Padre. Esta particular conciencia de los peligros del poder tendrá como consecuencia dos cosas: primero, que el cristiano deberá ser muy crítico consigo mismo en lo que respecta al papel que juegue dentro de las relaciones de poder de la sociedad, evitando racionalizar como servicio auténtico lo que sólo es uso del poder para instrumentalizar al otro en beneficio propio. Segundo, esta actitud crítica y atenta tendrá que tenerla también para evaluar el desempeño de los partidos, agrupaciones, ideologías e incluso gobiernos con los cuales simpatice. Porque nuestra fidelidad última no es con ninguna de esas instancias, que, aunque muy importantes, no son sino mediaciones de nuestro actuar ético, sino con los *valores* del Evangelio y, sobre todo, con el amor absoluto de Dios revelado en Cristo. Por ello, el cristiano está llamado a ser limpiamente crítico y honesto en todos los ambientes,

⁵ Op. cit., pág. 141.

⁶ 2 Sam 11-12, 24.

⁷ Mt 4, 1-11.

compromisos y organizaciones —políticas o no—, en los cuales se desenvuelva, lo cual supone que puede volverse incómodo para los que detentan el poder, aún y muy especialmente para aquellos que apoyamos y acompañamos políticamente, porque entendemos que el mejor servicio que podemos prestarles a ellos y a la sociedad en que vivimos es el de ser testigos de la verdad.

Si la relación del cristiano con el poder será, como hemos visto, la de quien lo entiende como *servicio*, podemos finalizar estas reflexiones constatando que, en definitiva, allí radica el principal obstáculo que el cristiano debería tener para confiar en el uso del marxismo como mediación epistemológica y política. Porque el marxismo, como también vimos, presenta como antídoto a la enfermedad del dominio de una clase sobre otra el ejercicio *despótico* —es el término que utiliza el mismo Marx en el *Manifiesto Comunista*⁸— del poder revolucionario para construir, en un delirio voluntarista y neopelagiano, una nueva tierra sin males. Esa asunción descarnada del poder absoluto como mediación para el logro del bien humano es radicalmente anticristiana, porque exige víctimas para su cumplimiento y lo propio del Dios cristiano no es victimizar a nadie para la realización de su designio, sino estar del lado de las víctimas, hasta llegar al extremo incluso de ser crucificado por la violencia *despótica* de quienes ejercían el poder religioso de su tiempo. Hasta ese extremo llega el respeto de Dios por el hombre y su libertad, simplemente porque no quiere que el Reino se imponga, sino que sea fruto de la libre elección y la libre creación humanas. Por eso, pienso que en estos tiempos tan difíciles que vivimos en Venezuela, tomar consciencia de la relación profunda entre democracia y cristianismo es algo de importancia trascendental. Sobre todo si pensamos en el tremendo déficit democrático en el que hemos vivido desde hace décadas y que fue lo que, en definitiva, nos trajo a donde estamos ahora. Estoy convencido que nuestro papel como cristianos en el mundo moderno no consiste en ser constructores de utopías políticas, sino en retomar nuestra vocación de ser *levadura en la masa* de la sociedad democrática, para animarla desde dentro con el Espíritu de Dios y religarla así con la fuente de sus valores más profundos, de la que ella una vez nació, como expresión política de los mejores sueños de la humanidad.

⁸ Marx, Karl: *Die Frühschriften*, Stuttgart: Kröner, pág. 547.